

su Peregrinacion escribió. Acaba nuestro insigne Misionero la relacion de este viaje con dezir, que todos aquellos Indios con su presencia quedaron muy consolados, y alegres.

CAPITULO V.

ALZAMIENTO DE LOS PIMAS,

muerte gloriosa del V. P. Francisco Xavier

Saeta, y nueva pacificacion de aquellos Indios.

ANtes que el Padre Eusebio Francisco hiziesse este ultimo viaje al rio Gila, emprendió otro à la Mission de Caborca con ocasion de destinarla por glorioso Theatro, no tanto de su vida, que duró muy poco, quanto de su preciosa muerte à manos de los Barbaros, al Padre Francisco Xavier Saeta, nacido de noble Familia en el Reino de Sicilia, y que à mediado Octubre de este año de mil seiscientos noventa, y quatro havia llegado al Pueblo de los Dolores, desde donde le conduxo el Padre Kino por camino de quarenta, y quatro leguas, primero al de San Diego de Pitquin, y despues al de Caborca. Este nuevo Apostolico Misionero, como que ya presentia el poco tiempo, que le quedava de vida, y que en breve havia de acabarse gloriosamente con un illustre Martyrio, se aplicó con gran fervor à doctrinar sus Indios, de cuyo buen porte, y natural estuvo grandemente satisfecho.

Comenzó desde luego la fabrica de una Capilla, y al mismo tiempo atendió à lo temporal de las siembras necessarias, que conducian, no solo para su devido sustento, mas tambien redundavan en bien de aquellos Barbaros, que de ordinario participan no pequeñas por-

porciones, y en las nuevas Conquistas son con mayor singularidad muy precisas, para agasajar à los parvulos, y à los recién convertidos; porque estas pequeñas dadas entre esta gente tan poco pulida dan mucha eficacia à la persuasion de la Doctrina. Mas estas siembras no pueden luego producir el fruto, que tanto se necessita; y para assegurar ya desde luego el agasajo, con que ganar la voluntad de aquellos Naturales, tomó el trabajo este fervoroso Jesuíta de recurrir à la charidad de otros de la Provincia de Sonora, que tenian Misiones mas proveídas, y consiguió buena porcion de ganado mayor, y menor con alguna cantidad de trigo, y maíz: cooperaron de la misma manera otros, para promover por su parte, y conservar esta tan reciente conversion.

No se puede aqui omitir, que aunque los Ministros Reales suministran para las nuevas Doctrinas, ó Misiones los ornamentos, vasos sagrados, y campanas, si el nuevo Operario no tiene otra prevencion, bien podrá dezir Missas, pero no comer, ni mantenerse; y obligar desde su primera entrada à los Gentiles, à que hayan de sustentarse à su costa, sería hazerles muy odioso el Ministerio de su conversion, y como mal entendidos, y de tan corto alcance se persuadirán, que con el especioso pretexto de convertirles viene à buscar sus alimentos, y tal vez aun creerán, que en otras partes no les havia podido conseguir: error, que es menos de admirar se introduzca entre Gentiles, quando vemos, que muchos otros, ó ya convertidos de mucho tiempo, ó lo que es de estrañar, que no son Indios, dan por asentado, que los Jesuitas se dedican à las Misiones, porque de otra suerte no tuvieran, con que vivir, ni mantenerse.

Otros Religiosos, que en estos Reinos han fundado Doctrinas, y conversiones nuevas, no se contentan con el ajuar expressado arriba; piden tambien los instrumentos necessarios, para trabajar las tierras,
para

para fabricar Casas, è Iglesias, y aquella porcion de ganado, que es necesario, para formar alguna estancia, y que multiplicando con el decurso del tiempo, puede servir de pié en lo venidero para el preciso mantenimiento. Los Oficiales Reales, como conocen la verdadera necesidad de estas peticiones, à nada se niegan, sabiendo, que todo aquello es inexcusable, para principiar solidamente una Mission. Es verdad, que algunos no pocas veces no lo executan, quando expressamente no lo piden los nuevos Operarios, como hasta ahora, no sé si por olvido, ò si por cortedad, ò si por confiar los socorros de animos piadosos, no lo han solicitado los Jesuítas. Assi le sucedió al Venerable Padre Saeta, siendole por esse motivo mui forzoso acudir à la charidad de los otros Padres de Sonora à los primeros meses del año de mil seiscientos, noventa, y cinco, y assi ya socorrido se restituyó à Caborca, en donde fué recibido con singular agrado de sus hijos, que oyendo à los de su Pueblo, que acompañaron à este fiel Siervo del Señor, lo que de nuevo havian visto en las otras Misiones, y el agasajo, con que por todas partes fueron recibidos, y viendoles bien vestidos, y bien tratados, se aficionaron mucho mas à su nuevo amante Pastor; todos assistian no menos à la Missa, que dos veces al dia à la Doctrina; prontos acudian à las siembras; y los mas distantes se ofrecieron à agregarse à este Pueblo, para vivir allí de assiento, y gozar de la santa instruccion, que hallavan en el fervor de aquel Apostolico Varon; que estava con estas taréas tan ocupado en adelantar lo espiritual, y temporal de su Mission, que no podia acudir à todo à medida de su deseo. Mas de repente en la de Tubutama se commovió un alboroto, que no paró hasta destruirla.

El Padre Daniel Januufqui Missionero de aquel Pueblo havia consigo trahido un Indio Opata, à quien por mas despierto, y diligente havia encargado el cuidado

dado de su ganado, pero abusando de la corta mayoría de su mando tratava à los Naturales con mayor imperio, y rigor de lo que era razon, y permitia el estado de Neofitos, y de recién convertidos, y destetados de su barbara Gentilidad. El Indio Opata en veinte, y nueve de Marzo arremetió por no sé que descuido à uno de los Pimas; este gritó à sus Parientes, pidiendoles ayuda, y con dos flechazos traspasaron al Ofensor, y habiendo encontrado otros dos, que passavan, viniendo de Caborca para los Dolores, tambien les mataron, quemando la Casa del Padre, que poco antes por disposicion de Dios havia salido. Irritado con estos excessos el furor de los Barbaros se juntaron con otros malcontentos en la Rancheria de San Antonio de Uguitoa, y formando un numero de quarenta, passaron à San Diego del Pitquin, para executar el dia siguiente dos de Abril, Sabado Santo, su mal intento de destruir la Mission de Caborca. Entraron al salir el Sol en la sala del Padre, que amigablemente platicó con ellos, sin rezelarse de su alevosía; mas luego al dexartes reconoció su dañada intencion, y no acudiendo, aunque llamado el Capitán del Pueblo amedrentado al vér tan crecido numero de malvados, se puso de rodillas en la misma puerta, en donde recibió dos flechazos; assi penetrado entró en la sala; abrazóse con una bella Imagen de Christo Crucificado, que havia trahido de Europa, y oy se venera en la Mission de Orispe, y debilitandose por instantes con tan copiosa efusion de sangre, se echó sobre la cama, en que salto de vigor dió su Espiritu al Señor.

Quatro sirvientes Indios de este dichoso Missionero, dos naturales de Ures, uno de Chinapas, y otro de Cumpas, fueron asimismo muertos por aquellos crueles furiosos agresores, que despues desahogaron aun su rabia con embestir, desparramar, y matar el ganado de la Mission con gran sentimiento de los

Indios de aquel Partido, que espantados no se atrevieron à hazer la menor oposicion. El P. Kino con indezible brevedad tuvo la noticia de todas estas crueles muertes; envió con la mayor aceleracion à un Governador con gente, para que averiguasse lo acontecido; y como los cuerpos de los quatro sirvientes ya se corrompian, les quemó, dando sepultura à sus cenizas, y al precioso cadaver del V. P. Saeta; y habiendo despues entrado un Cabo de la Provincia de Sonora con Soldados al primer aviso, que de lo sucedido le despachó el Padre Kino, y habiendo castigado algunos Indios por haverse retirado, y huído los demás por miedo de los Soldados, desenterró con la mayor veneracion los Venerables hueffos de aquel dichoso Jesuita, y con algunos otros trastecillos les conduxo primero à la Mission de los Dolores, y de alli à la de Cucurve, llevando el mismo piadoso Christiano Cavallero, para mostrar su piedad, y el mayor respeto, del diestro à la Cavalleria, que trahia encaxonados aquellos tan Venerables despojos; dieronles honorifica sepultura en la Mission de Cucurve con el concurso de varios Padres Missioneros, que quisieron assistir à esta tan tierna devota funcion. El Señor Governador de las armas bien reconoció, que el castigo executado en los pocos, que pudo haver à las manos, era corto escarmiento para la rebeldia, y crueldad de aquellos Barbaros; mas por haverse los mas Indios, assi de Tubutama, como de Uguitoa, y Caborca escondido en los montes à la primera vista de los Soldados, retiró las armas, para que bolvieran à sus puestos, y con animo de coger con una entrada improvisa à los delinquentes, y castigarles.

Opusieronse à este dictamen otros Cabos de la Milicia, que juzgaron ser mas honroso repetir otra vez la empresa, y dar luego su tan merecido castigo à los culpados: para esto se valieron de una traza escandalosa, vergonzosa, e injusta; llamaron por me-

medio de algunos fieles Governadores à los Indios Pimas, convidandoles con la paz: vinieron estos humildes, y con Cruces en las manos: al tenerles ya presentes, à todos sin distincion les passaron barbaramente à cuchillo, no hallandose entre tantos innocentes mas que cinco de los culpados. Esta injusta, indiscreta, y nada catholica carniceria enagenó mucho los animos de los Pimas del afecto à los Españoles, irritando con mayor furor à todos los demás Indios de la misma Nacion, que convocandose hizieron mas funestos estragos: quemaron la Iglesia de Caborca, que havia quedado intacta: hizieron lo mismo con las de San Ignacio, de San Joseph de los Heymeris, y del Pueblo de Santa Maria Magdalena: profanaron los sagrados ornamentos; y destrozaron todos los bienes temporales. El Padre Agustín de Campos Missionero de San Ignacio tuvo la dicha de poderse salvar en Cucurve con pocos Soldados, que le acompañavan. Entre estas turbaciones el Padre Kino hizo todo lo possible, para apaciguar à los Pimas alborotados, enviando recados, y Mensajeros por todas partes, para que se contuviesen, y sossegassen: sin duda por el amor, que le tenian no passó à mayores excessos el enojo justamente irritado de estos Barbaros. Entretanto este ruido, y universal alzamiento de la Pimeria excitó la vigilancia del Governador de las armas, à que juntasse mayor numero de Soldados; viendo, que los de su distrito no eran bastantes, traxo en su focorro los del Presidio de Janos con otros del Reino de la nueva Vizcaya, llegando todos al numero de ciento, y cinquenta: estos con muchos Indios fieles componian un Esquadron competente, para contrastar la fuerza de los alzados por mas irritados, que se hallassen.

Los Cabos, habiendo llegado à la Pimeria, no hallaron resistencia, por haverse retirado los inquietos à los montes: uno de ellos, que se adelantó, ha-

lló alguna gente en el Pueblo de Tubutama, y sin la devida reflexa de distinguir, si eran reos, ò culpados, mató à quinze, ò diez, y seis Pimas: transitaron toda la Provincia, sin que hallassen enemigos, que combatir, hasta que el Capitán de Janos, Juan Fernandez de la Fuente con grande acierto discurrió, y persuadió à los otros, que entre aquellos Naturales no havia alzamiento, pues no havia resistencia, ni acometimiento. Procuró, que viniessen à conferencia amigable los Principales de la Nacion, à los quales asseguró las pazes con la condicion, que facilmente admitieron, de que ellos mismos buscarian, y entregarian los culpados, principalmente los que havian sido la cabeza de los amotinados, que dieron cruel muerte al Venerable Padre Saeta: con este convenio cessaron las hostilidades; se retiraron los Soldados; se repoblaron las Misiones; y al presente las de Tubutama, y Caborca son las mejores, y mas numerosas: sin duda se puede creer, que aquel dichoso Jesuíta desde el Cielo les ha alcanzado mayor luz, y permanencia en nuestra Santa Religion, y que sean eficaz atractivo, y exemplo à las vezinas Gentilidades, para que no resistan à su conversion.

El Padre Misionero, que al presente se halla en Tubutama Jacobo Sedelmayer de la misma Provincia de Baviera, como el Padre Kino, no solo en su Partido ha adelantado, y establecido la Fé, mas tambien por todos los Pueblos, que son muchos, y numerosos, la ha dilatado; y ultimamente con la reduccion de varios Gentiles ha erigido otro nuevo, y en su administracion se halla tan ocupado, que escribe no atreverse à bautizar mas adultos Gentiles, por no poder despues con el debido cuidado atender à su enseñanza. Ha formado Casas, Iglesias, y ha asegurado la permanencia de la Mision con adelantar las siembras, y crias de los ganados, para el sustento de tantos Neofitos: algunas vezes quando falta

va Operario, que subrogar en el Partido de Caborca, le ha tenido tambien à su cuidado, fabricando alli una hermosa capáz Iglesia, ampliando la casa del Padre, mas dexando en pié aquella salita, en que sucedió la gloriosa muerte del Venerable Padre Saeta. Hallanse en una, y otra parte cerca de ocho mil almas entre los ya convertidos, y proximos à reducirse: estas dos Misiones son la puerta, para estender nuestra Santa Fé à las proximas numerosas Gentilidades, de que adelante hablaremos largamente en esta Historia.

Otro provecho acarreó tambien este alzamiento en utilidad de los mismos Pimas, y fué el desengaño de todos los de la Provincia de Sonora, de que no eran los Indios de esta Nacion los agresores, y culpados en los robos, è invasiones, que se havian padecido ya desde el año 1688; porque habiendo sucedido lo mismo despues de aquel tan grande alboroto, se atribuyó à los de la Pimeria alta, y fundadas, aunque siniestramente, en estas voces entraron las armas Españolas, y destruyeron la numerosa Rancheria llamada Modoticachi, matando mas de cinquenta Personas, y llevando presas otras veinte: ayerriguando mejor el caso en el Tribunal del Señor Virrey de la nueva España, fueron declarados por inocentes, y mandó su Excelencia fuesen restituidos à sus tierras. Y para que aun en todo se supiera, quan falsamente eran acriminados, dispuso el Señor, que entrando à esta Provincia los ciento, y cinquenta Soldados, de que hablamos poco ha, encontraron por el camino en un cerro la mayor parte de los robos, que se les havian atribuido: esto con evidencia asseguró la buena opinion de los Pimas, y se conoció palpablemente, que fueron invasiones de otros Barbaros, de que à su tiempo trataremos. Holgó mucho el Padre Kino de este desengaño, porque amava tiernamente à estos Indios, y estas calumnias le lastimaban

gra-

gravemente el corazon, por vér que podian perjudicar mucho à su tan deseada conversion.

Los mas de los Padres de las Provincias de nuestras Misiones, conociendo el zelo de aquel insigne Jesuíta, y lo mucho, que havia afanado en reducir à esta numerosa Nacion, le consideraron con estas alteraciones mui afligido, y penetrado de un vivo doloroso sentimiento: escribieronle cartas llenas de amor, y compadeciendose de sus penas, le animaron à continuar tan gloriosa empresa, pronosticandole todos, que sus Apostolicos trabajos producirian sin duda por la inocente derramada sangre del Venerable Padre Saeta copiosos, y abundantes frutos, como ahora por la gracia del Señor experimentamos. Aun los Cabos Militares de esta Provincia entre amantes pesames se congratularon con el Padre por las esperanzas ciertas, que concebían, que con este contratiempo mejor se arraigaria, y dilataria la Fé de Christo en toda la Pimeria. Bien mostraron los Pimas, aunque tan alborotados, el aprecio, que formaron de nuestro zeloso Misionero, pues apenas comenzaron à tratar de una amigable composicion, le llamaron al Tupu, en donde se hallava, para establecerla, y concluirla con la mayor felicidad. Acudió mui solícito, y su presencia atraxo gran numero de diferentes Rancherias, y con su intervencion se firmaron las pazes, abrazandose mutuamente los Capitanes Españoles, y Caziques de la Pimeria. Estos, para desempeñar la fidelidad, con que concurrían à la paz, en breve prendieron los Autores del motin, y de la muerte del V. P. Saeta, que en su mismo apellido parece tuvo anticipado anuncio de quan gloriosa la havia de lograr: entregaronles à la Real Justicia; y habiendose seguido su causa, y dádose sentencia de muerte à los reos, los Padres les cathequizaron, y bautizaron: enternecidos de su humildad, y rendimiento, abogaron tan eficazmente, para librarles del suplicio, y con mayor empeño el Pa-

Padre Oracio Police, que consiguiéron se les otorgasse la vida: assi lograron del todo apaciguar esta Provincia.

CAPITULO VI.

DESVAÑECE EL PADRE KINO LAS maliciosas calumnias contra los Pimas, y con sus zelosas industrias les mantiene en sus ardientes deseos de abrazar nuestra Santa Religion.

NO se hartava el zelo del Padre Kino con procurar el bien de sus hijos los Pimas, como vimos, en sus continuos Apostolicos afanes; estendia aun la vista por todas partes, y procurava no omitir diligencia alguna, que conduxese à su firme permanencia. Persuadióse, y con mucha razon, que representando al Señor Virrey, y al Padre Provincial en Mexico à boca el estado de la Provincia, la multitud de gente, y de Naciones descubiertas, lograria con mas brevedad favorables despachos: pidió licencia, para executar esse largo penoso viaje à fin de hazer mas cabal la informacion. Las turbulencias passadas en la Pimeria se lo estorvaron: con mucha instancia tambien se le opusieron los Padres, y los Cabos Militares por reconocer la necesidad, como el efecto lo comprobó, de su asistencia entre aquellas inquietudes. Pero asentadas despues las pazes, estando ya sin rezelo de nuevas turbaciones, emprendió el Padre Kino en diez, y seis de Noviembre de mil seiscientos noventa, y cinco su largo camino no menos, que de quinientas leguas para Mexico, y le hizo en el corto espacio de siete semanas, sin haver dexado ni un dia de celebrar el Santo Sacrificio de la Missa. En